

III. Desconfianza ancestral

De cada cien turistas que se internan, 95 son de Estados Unidos y Canadá. El resto son de Latinoamérica, Europa y, muy pocos, de Asia (Japón), por lo tanto, es válido que para efectos de turismo de internación hablemos de turistas anglosajones, ya sean de Estados Unidos o Canadá. Y que al regresar a sus hogares después de haber sido maltratados por nosotros lleguen hablando pestes de nuestro país y como no podemos hacer nada al respecto, nos hacemos desentendidos y pretendemos que no nos importa. Lo que los extranjeros, turistas en potencia, piensen de nosotros es importantísimo, y si lo que queremos es que vengan y regresen, tenemos que hacer hasta lo imposible para cambiar esta imagen. Como ya mencionábamos, una ley fundamental del comercio moderno es que la recompra es más importante que la compra, ya que hace progresar los negocios. No lo hemos entendido así y nos conformamos con conseguir turistas primerizos y seguimos pensando que como hay muchos, si no regresan, ¡no pasa nada! Lo que los turistas opinan de México, podría ser motivo de estudios profundos que, cosa curiosa, no se han hecho, porque lo que se piensa realmente no se publica; además, quien lo hiciera quedaría como el más ruin y villano —como quedó Perot y todos los políticos norteamericanos que, por oponerse a la firma del T.L.C., dijeron barbaridades de nosotros, algunas de ellas bastante ciertas—.

Para los extranjeros, y principalmente para los sajones, somos una mezcla o combinación de razas, y sienten miedo y desconfianza ancestral hacia lo extraño, hacia lo que es diferente; en su subconciente, este miedo se convierte en odio, que se exterioriza en un pro-

fundo disgusto hacia nosotros o, cuando menos, en un estado latente de alerta. Sin embargo, vienen porque les fascina nuestro clima, las playas, el folklore latino, las artesanías, la comida mexicana y, sobre todo, porque es más barato que otras partes del mundo para ir de vacaciones.

La desconfianza hacia lo extraño la tenemos todos arraigada en nuestro ser, grabada en lo más profundo de nuestro código genético, y se manifiesta en forma de instinto, que es la guía de nuestro comportamiento. Por la misma razón que el *Homo sapiens* acabó con su hermano el Hombre de Neanthertal, porque era un poco diferente, los seres humanos quisiéramos eliminar todo contacto con lo extraño, y de allí viene la palabra extranjero. Entre los sajones y latinos existe un odio cerval desde hace milenios. Durante los siglos de dominación del imperio romano, y probablemente desde antes, los de pelo negro dominaban en todos los sentidos de la palabra y tenían a los rubios Nórdicos como esclavos. Los sajones provienen de las tribus que deambulaban detrás de los ciervos, en las estepas heladas. Sus delgadas, estrechas y rectas narices se adaptaron para poder habitar en climas de frío extremo, y así poder calentar el aire que entraba a sus pulmones. La niña de los ojos se tornó, con el paso de los milenios, en color claro para captar más luz y distinguir, entre la nieve y en la oscuridad de las noches largas, a los enemigos y depredadores. Esa falta de luz y de calor eliminó la melanina y originó cambios en la constitución química natural de la piel y del pelo, convirtiéndolos en blanca y rubio, respectivamente, proceso que duró 200,000 años o sea un parpadeo en el transcurso de eones.

Estos y otros factores los convirtieron en seres totalmente diferentes a las demás razas de piel más o menos pigmentada y pelo negro, dependiendo de las latitudes en donde se establecieran. Ahora bien, si nos remontamos a la época de las cavernas, debe de haber sido una impresión enorme que seres de piel regular, ojos negros y pelo ya sea del mismo color o castaño se encontraran de repente en un bosque o en una estepa con otros seres de piel blanca como la leche, pelo ama-

rillo como las mieses de granos que crecían en forma espontánea, y con ojos de color como los de los tigres u otros animales considerados peligrosos. A estos seres extraños se les atribuyeron características diabólicas —como sucedió con los albinos durante siglos— y, con toda seguridad, por eso se les perseguía: para eliminarlos cuando se les localizaba.

Como es a lógico y natural, estas tribus extrañas, para no desaparecer totalmente en manos de sus enemigos de pelo negro, emigraron hacia las regiones inhóspitas de nieve eterna, frío terrible y noches largas, y para subsistir, ya que en esos lugares no era posible la agricultura, se convirtieron en cazadores nómadas que vivían en un interminable peregrinar, persiguiendo y dependiendo de las grandes manadas de ciervos que habitaban esas regiones. Miles de años después, ya en mayor número, se atrevieron a bajar a latitudes más cálidas, estableciéndose en la parte norte de Europa, en donde no sólo lograron domesticar a los animales para alimentarse, sino también arraigar en terrenos más propicios para las cosechas de productos agrícolas. Cuando lograban internarse en zonas más cercanas —los territorios que dieron origen a los iniciales imperios militares del centro de Europa y Asia—, eran tomados como esclavos, generando el odio ancestral que los rubios tienen por todo lo que sea diferente a ellos. Después se asentaron en el norte de Europa, y de allí surgieron las tribus vikingas, germánicas y sajonas que siempre se mezclaron entre sí. Con constantes incursiones bélicas, los vikingos asolaron las costas de lo que ahora es Inglaterra, dejando no sólo la semilla de los rubios, sino también la tecnología de navegación que fue la base para el poderío naval del imperio británico. Éstos, ya sean sajones, vikingos o germánicos, dominaron los territorios abandonados luego de la caída del imperio romano, y poco a poco preponderaron, sobre todo por su dominio de la construcción de más grandes y mejores embarcaciones de guerra. El odio se perpetuó a través de innumerables generaciones entre sajones y latinos, entendiéndose por sajones todos los rubios, blancos, de ojos azules, tales como ingleses, alemanes, y nórdicos; entre los latinos están los romanos (italianos), franceses y,

principalmente, cosa que viene a agravar aún más el problema para el turismo en México, los españoles.

Los ingleses tuvieron siempre un gran odio por aquello que significara tener raíces diferentes; prueba de ello son los problemas que tienen con los irlandeses, a quienes no les dan su libertad definitiva, pero odio, lo que se llama odio, es el que sienten inconscientemente por los españoles, a quienes arrebataron el predominio de trescientos años, al final del siglo XIX. Estos mismos ingleses, y sus hijos los angloamericanos, no quieren a los argentinos por lo de las Malvinas, a los franceses por lo de Waterloo, a los italianos por lo de Etiopía y Noráfrica, a los japoneses por lo de Pearl Harbor y los kamikases, a los irakies por su petróleo y por último, a los mexicanos por lo del Álamo y la nacionalización del petróleo. Muchos dirán que no es cierto, que ya no existe odio hacia los españoles por lo de Trafalgar y, mucho menos, a los mexicanos por lo del Álamo, ya que los ingleses no estaban allí. Pero no hay que olvidar que quienes controlan todo en Estados Unidos, los WASPS (*White, Anglo-Saxon y Protestant*), no son más que los descendientes directos de los ingleses que se establecieron en tierras de Norteamérica, y que la Declaración de la Independencia de 1776 —por los americanos que reunieron a Washington, Jefferson y Adams— fue pura patraña política. Consanguíneamente siguen siendo los mismos; dominan no sólo el gobierno, la cultura, las artes y la economía, sino también la opinión pública de los demás habitantes de lo que ahora se llama Norteamérica. Es precisamente en este punto en donde deseamos llamar la atención: el control que tienen los WASPS —por mera casualidad, esta palabra significa *abejorros*, insectos que no producen nada bueno, pero que cuando pican, lo hacen duro—; ellos controlan todos los lugares para ir de vacaciones y al pueblo norteamericano que asiste a ellos. Por supuesto, no es que por ley le digan a los americanos a dónde deben de ir; no, son mucho más sutiles. Todo lo que tienen que hacer es desatar una campaña en todos sus medios de comunicación para levantar un sitio donde pasar las vacaciones, o bien, para hundirlo en un santiamén, si así les conviene. Les basta con gritar a los

cuatro vientos que quien viene a México se enferma terriblemente de diarrea debido la insalubridad del agua y la comida que ofrecemos; con eso mantienen el nivel de turistas al mínimo, porque sus inversiones están en Puerto Rico, Bahamas y Hawai. *La Moctezuma revenge*, como llaman a la diarrea (que, entre paréntesis, en algunos casos es muy cierta y en posteriores capítulos cubriremos ampliamente), ya de entrada significa que presienten venganza por parte nuestra. El usar este término implica una necesidad por parte de los mexicanos (de cabellos negros) de vengarnos por todo el mal que los ingleses nos han hecho en los últimos cuatrocientos años. Desde Isabel I y sus piratas legalizados, como Raleigh y Drake, hasta sus émulos norteamericanos, como Houston, Austin, y Poinsett (cuyo nombre pasó a la historia no tanto por organizar el robo de Texas, sino por poner su nombre a la flor mexicana más famosa en el mundo, la nochebuena, a la cual llaman Poinsettia); ganaron una fama tan merecida que sólo hay que recordar el dicho antiguo: "Si quieres encontrar un pirata sólo tienes que rascar un poco en la piel de un inglés". Los WASPS piensan que por los daños que nos causaron vamos a vengarnos echándole salmonellas, scherichias, amebas y cisticercos al agua y a la comida que ingieren cuando vienen a México. Esta actitud se debe a que es un pueblo rencoroso y vengativo que no sabe olvidar; prueba de ello es el eterno remoler del *Remember the Alamo*, *Remember Pearl Harbor*, Acabar con Sadam Hussein, etcétera; es curiosa su memoria selectiva, pues, en lugar de recordar algunos prietitos que tienen en su arroz, se convencen a sí mismos y usan el *Forget Hiroshima*, *Forget* que a México le robamos la mitad de su territorio, con la justificación de la expansión lógica del destino manifiesto; también *Forget Viet Nam* y *Forget Irak*, cuando estos pobres hicieron con Kuwait lo mismo que los judíos con los palestinos, en el territorio de Golán y, en ambos casos, las Naciones Unidas habían emitido resoluciones de desalojo inmediato de esos lugares. Los WASPS dejaron tranquilamente que se quedaran en Golán, sobre todo porque allí no había petróleo como en Kuwait y ahora controlan después de la caída de Sadam Hussein el 2º productor de petróleo del mundo.